

VICTOR HUGO Y EL CENTENARIO DE SU MUERTE

Elías Muñoz Vicuña

El 22 de mayo de 1885 murió el eminente escritor Víctor Hugo, padre del Romanticismo, colosal poeta, eximio dramaturgo, inmenso novelista, y, finalmente, brillante político y defensor de los derechos universales del hombre, la mujer y el niño. Su nombre fue generalmente reconocido en todos los países de la Tierra. Cuando murió a los 83 años recibió los honores de funerales de Estado y se inmortalizó su nombre. Al cumplirse los 100 años de su muerte, nuevamente está presente en la conciencia de la Humanidad.

En el Ecuador su nombre ha brillado y brilla. El escritor Juan Montalvo le dedicó su elegía "El Terremoto de Imbabura" que Víctor Hugo recogió con palabras de elogio.

Nuestro eminente escritor Miguel Valverde le tradujo el grandioso poema "Religiones y Religión" que llenó en español

HUGO, VICTOR
VIAJE A IMBABURA

más de cien páginas.

Entre las obras más conocidas de Víctor Hugo se encuentran sus novelas "Nuestra Señora de París" y "Los Miserables", que han merecido innumerables ediciones y que han sido traducidas a los más diversos idiomas, así como han servido para la producción de películas de alta calidad. Esas novelas completan una trilogía con la novela "Los Trabajadores del Mar".

Estas novelas a juicio de su autor representan una interpretación del mundo. En el Prólogo a "Los trabajadores del Mar", nos dice:

"Una triple fatalidad pesa sobre nosotros: la de los dogmas, la de las leyes y la de las cosas. En "Nuestra Señora de París", el autor denunció la primera; en "Los Miserables", señaló la segunda; en el libro actual ("Los Trabajadores del Mar"), indica la tercera".

Con estas obras, Víctor Hugo supera la novela histórica y llega a la novela social.

La obra literaria de Víctor Hugo es inmensa, alguien la llamó "una catarata de palabras". Nuestros compatriotas Juan Montalvo y Miguel Valverde, le consideraron Vate, un genio con espíritu Divino.

En el terreno político, bástenos señalar que condenó el golpe de Estado de Luis Napoleón Bonaparte, Napoleón III, al que Víctor Hugo llamó "Napoleón el pequeño", para diferenciarlo de Napoleón I, el Grande. La lucha contra Napoleón III lo llevó a cabo desde el destierro en las islas de Jersey y Guernesey de 1850 a 1870.

OBRAS DE VICTOR HUGO

Irtames, tragedia

La Canadiense, poema lírico

El Rico y el Pobre, poema lírico

Las Ventajas del Estudio, prosa
Moisés sobre el Nilo, poema
La Estatua de Enrique IV, poema
La Virgen de Verdún, poema
Han de Islandia, novela
Bug — Jargal, novela
Cromwell, drama
Las Orientales, poema
El Ultimo Día de un Condenado, poema
Marion Delorme, drama
Hernanç, drama
El Rey se divierte, drama
Lucrecia Borgia, drama
María Tudor, drama
Los Burgraves, drama
Nuestra Señora de París, novela
Los Miserables, novela
Los Trabajadores del Mar, novela
La Leyenda de los Siglos, poema
El Año Terrible, poema
Canciones de las Calles y de los Bosques, poemas
Napoleón el Pequeño, panfleto
Ruy Blas, drama
Los Castigos, poema
Las Contemplaciones, poesías
El Noventa y Tres, novela
Religiones y Religión, poema
Manifiesto del Delegado de París a los 36.000 delegados de las
provincias de Francia, discurso
El Arte de ser Abuelo, poema.
Odas y Baladas, poesías
Hojas de Otoño, poesías
Cantos del Crepúsculo, poesías
Voces interiores, poesías
Rayos y Sombras, poesías
El Rin, relatos
Cosas Vistas, relatos
La Piedad Suprema, relatos.

Guayaquil, Mayo de 1985.



EL TERREMOTO DE IMBABURA

JUAN MONTALVO
A VICTOR HUGO. (1)

El corazón del poeta lo abraza todo, su imaginación se encumbra como el águila y contempla el universo. El poeta ve más que los otros hombres, oye más, siente más, embelesado en las abiertas y luminosas regiones de su pecho. La poesía es lo divino del alma, la poesía es la virtud de la inteligencia; luego el poeta es un sacerdote que en los tesoros de su sabiduría guarda mil arcanos incomprensibles para el común de los mortales. Sus conexiones son primero con espíritus que con cuerpos, de extraordinarios objetos sabe más, y en el ejercicio de su sacerdocio es criatura y dios al mismo tiempo. Lo grande, lo límpido, lo celestial del hombre y de las cosas son de su pertenencia, y por eso vive próximo del cielo, y su atento oído hurta la música de los serafines.

En las edades primitivas los dioses fueron sus huéspedes;
Sófocles los tuvo a la sombra de su techo. ¡Y qué pasión no a-

(1) Esta elegía, si le cuadra tal denominación, ha sido escrita en francés. Se la publicará en París probablemente: mientras esto suceda, si es que sucede, hemos querido comunicar con nuestros compatriotas nuestros pensamientos y afecciones, y publicamos la traducción castellana.

brigaban por los mortales favorecidos con esa divina llama que les mantiene puros y elevados! No es poeta solamente el que cuaja sus afecciones y da forma a sus pensamientos en ese delicado molde que se llama verso; lo es también el que sin decir nada tiene su corazón girando en una órbita resplandeciente, y murmura en lo interior cosas nunca oídas por los hombres. Estoy por decir que la virtud es poesía, la belleza poesía: virtud y belleza son caracteres de la Divinidad.

¿Qué furor divino la ha tomado a la profetisa de Delfos? Siéntase en su trípode, sus ojos registran inquietos el espacio, laten trémulas sus arterias, su cabellera flota en poético desorden. El espíritu del dios la posee toda; el dios ha visto que el joven Hipólito de quien vive apasionado salió de Cycione y viene a Cirra, y quiere que la pitonisa anuncie su llegada:

Hipólito ya vuelve, los mares atraviesa.

Y tú, que alojas en tu pecho un dios; tú, a cuya disposición está una profetisa de continuo; tú, a quien las Musas hablan al oído, y descubren acontecimientos de lejanas tierras, ¿sabes lo que sucede en el nuevo mundo a la hora de hoy? Grande cosa debe ser, cuando quiero hablarte de ella; triste cosa debe ser, cuando pido tus lágrimas. Alza la frente y echa la vista al Ecuador; ¿qué distingues? Una comarca inmensa tendida de norte a sur entre las dos crestas de los Andes: las festonadas cumbres de los montes resplandecen con su impoluta albura, allá perdidas en el éter; el sol se contonea en el firmamento desplegando todo su esplendor en una limpia y transparente infinidad; las nubes, recostadas sobre el horizonte, parecen banda que ciñe el universo, o en estupendas moles que semejan templos y montañas, llenan de trecho en trecho un inconmensurable círculo. Y el aire es puro y suave, y la atmósfera da paso a la vista desde la tierra hasta los astros, y cuando la naturaleza se recoge dentro de sí misma y todo calla, se oye vago y dulce el movimiento de las esferas en sus revoluciones armoniosas.

Bajo este cielo no puede ser la tierra miserable: colinas pomposas y vistosas como un pavo real armado; lagunas pinto-

rescas que murmullan cual un mar adolescente; praderías de verdor apacible; ríos que corren en mil vueltas, despeñando de las alturas, perdiéndose en las profundidades, surgiendo y espaciándose en los llanos, ya quietos y benignos.

¿Qué cerro se alza negro y zahareño en medio del paisaje? en su cumbre va y viene entre salvajes peñas un lago misterioso: hombres no habitan sus contornos; la naturaleza permanece sola, y llora allí desesperada; la gaviota vuela rozando el agua con el extremo de sus plumas, sesga y vacilante como un buquecillo náufrago, y da sus tristes voces que se apagan sucesivamente en el espacio: las espadañas y los juncos de la orilla, inquietados por el viento, se entrechocan y despiden ruidos como suspiros de sombras. Esas cavernas oscuras y profundas no están sin habitantes; allí gimen cautivas del genio de la roca las ninfas arrebatadas por él a los bosques y los prados.

Mas, baja del Mojanda y echa la vista por la llanura que allá se desenvuelve perdiéndose en los confines de la celeste bóveda. El sol se ha puesto: las cumbres de las montañas, rociadas de fino oro diluido, brillan con esa luz violácea de la tarde; y cuando el crepúsculo se apodera de la tierra, el Cayambe se presenta allá, pálido y vaporoso, cual un espectro que el prestidigitador divino evocase e hiciese aparecer por medio de su magia.

En esta nueva Arcadia vivían hombres satisfechos del mundo y de la vida; quiero decir que eran felices. Terrenidad fecunda, ganados rellenos de la más dulce y espumosa leche; cañas que transpiran el azúcar por entre sus doradas hojas, todo lo que la especie humana necesita para crecer risueña y de buen gesto. Y esos habitantes no eran inicuos, ni por sus crímenes habían concitado la ira del Altísimo; acostábanse tranquilos, y con la aurora salía cada cual a sus labores, después de haberle dado gracias en su templo. Pero un día echaron de ver que la atmósfera tomaba un color siniestro, y experimentaron angustia en sus corazones, y se retiraron profundamente dentro de sí mismos, y en silencio se estuvieron esperando lo que iba a sucederles. Mas como quiera que nadie presumiese de profeta, el motivo y el fin de esas preternaturales sensaciones estaban ocultos para todos.

Y una noche ganaron sus lechos como de costumbre: cuando rompió la aurora, las ciudades eran sepulcros, cadáveres sus dueños. Todo se había venido abajo, y de manera tal, que los ciemientos, como impelidos por bocas de fuego, salieron disparados y se pusieron sobre las techumbres.

Un vasto nubarrón de tierra envuelve la comarca, donde las tinieblas se agitan como enfurecidas, queriendo arrastrar al caos el universo: mugidos profundos salen de las entrañas de la tierra atormentada por una tempestad subterránea en que estallan mil rayos en todas direcciones: las estrellas se apagaron en el firmamento con un chirrido temeroso: el incendio nace y crece como gigante en medio de los escombros, iluminando ese teatro, donde la muerte, repleta y abominable, salta de alegría. Entre las sombras se oyen intensos ayes: los muertos se quejan en las sepulturas, los vivos piden la muerte; los animales, en alocado vaivén, corren dando aullidos al siniestro centellar de los meteoros que serpentean en los retintos horizontes.

La naturaleza ha consumado una gran obra, pero le faltó su habilidad, y salió errada la experiencia. ¿Quiso por ventura destruir la creación? Alquimista maravilloso, opera en el centro de la tierra; allí acumula y mezcla los elementos de su sabiduría, allí remolinean los furiosos combustibles que la hacen girar veloz alrededor del astro inmóvil; y como los empujes de esta eferescencia podían reventar el globo y aventarlo en millones de átomos por el espacio, tiene sus grandes respiraderos en los volcanes de la zona tórrida. Las potencias de nuestro planeta tienden al Ecuador, hacia acá se agolpan sus más espesos jugos, hacia acá están sus nervios maestros. Los Andes son la cabeza del mundo, a ellos acude la sangre en impetuosa vena, y cuando en esa operación hay un desorden, se verifica una apoplejía; y la tierra se estremece, y da un salto, y cae echando horrorosas vomiciones.

¿Qué es del triste del hombre en esta coyuntura? ni es necesario tal aparato de destrucción para acabar con ese gusanillo. Pero como tales y tan grandes vuelcos no acontecen sin más fin que anonadarle, nos maravilla el espectáculo, sucumbimos a su

desoladora impetuosidad, y no hay lugar a quejarnos de injusticia. El Cotopaxi, el Tungurahua, el Pichincha, estos fastuosos emperadores, son nuestros tiranos; grandes, bellos, pero tiranos: son a veces amables, cuando les vemos desprendiéndose de la esfera, amantados con su argentina capa, hiriendo el firmamento con la frente. Pero cuando respiran, respiran fuego; y cuando hablan, hablan truenos; y cuando obran, obran desolación y ruinas: fabricantes de sepulcros, arquitectos de la muerte, su ciencia es mágica, sus operaciones concluidas y perfectas: la que ayer fue ciudad alegre y bulliciosa, hoy es funesto cementerio; los templos y palacios paran en tumbas, y las puertas de las habitaciones sirven de lápidas funerarias. Europeo, tus montes son niños al lado de los nuestros: aquí donde el hombre es todavía diminuto, es grande la naturaleza. Contempla el Chimborazo, este magnífico Sesostris de la creación, alzado aquí en su trono, cual dictador del universo: riqueza, belleza, pompa, majestad, nada le falta. Si este personaje tiene espíritu, es un dios; si no es más que una gran fábrica, en bajando el Todopoderoso a habitar el mundo con toda su magnificencia, lo tomaría por su alcázar.

Y esto ¿qué vale si él y sus semejantes son leones dormidos? Cuando despiertan nos echan garra y nos devoran. Mira allá ese volcanillo en la parte occidental de la cordillera: no se alza a mayores, no desafía a los montes de alcornia dominante, no dice nada, y apenas se llama Cotocachi. Amaneció un día, y este humilde segundón había conspirado, y con tal furia y eficacia, que se lo llevó todo a sangre y fuego. Descalabrado el mismo, allí se está humeante y feroz contemplando sus estragos; cien pueblos yacen mudos a sus plantas: los valles son abismos: bailaron como azogue las colinas y se desbarataron: sintieron las planicies un ímpetu interior, y dieron paso a nuevos cerros, que allí se plantan insolentes, sin que se sepa de donde asoman ni que piden: crujieron las peñas y se desollaron con pavoroso estruendo: abriéronse los valles en anchas y largas quiebras, de las cuales se levantan negras mangas de humo pestilente: hincháronse los ríos y se derramaron, mugiendo fuera de sus márgenes: hirvieron los lagos en montones de sanguinolenta espuma, como soplados por las legiones infernales: desaparecieron las fuentes

sorbidas por no se qué monstruos subterráneos: donde corría una agua cristalina y dulce, se la tragaron las bocas allí abiertas al instante; donde todo era seco, surgieron remolinos de agua crespas y lodosas, cargada de electricidad, inservible para la sed que devora a los hombres: murieron éstos, los brutos perecieron, y la naturaleza está como asustada después de su trastorno. Si Dios la apuntó con la mano y la ordenó volcarse, ya nos ha compadecido: si en su esencia caben lágrimas, las veo correr gruesas y despaciosas por su divino rostro.

Pero ¿es en verdad aquel gigantillo de la Cordillera el autor de obra tan grande? Nó; él es una de las víctimas: la catástrofe proviene de causas más generales y potentes. La furia de un volcán no puede sino con sus alrededores: ciudades, provincias, naciones enteras no se destruyen por una explosión o un derrumbamiento, aún cuando éste fuera de todo el Himalaya: un cimbrón eléctrico del mundo; una atracción extraordinaria de los astros fuera de sus quicios; un súbito redoble de efervescencia en el pirofilacio, ¿quién sabe qué causa misteriosa ha producido efectos por tal extremo grandes? Si la poesía es más sabia que la ciencia, creámosla: ella afirma que el príncipe de las tinieblas hizo una salida al campo de la luz con sus más bravías cohortes, y rompiendo el suelo les dió paso, y la tierra tembló, y el aire se obscureció, y el mundo temió y dio largos alaridos.

El sabio y el poeta tendrían mucho que ver con estas ruinas: el uno para rastrear los secretos de la madre tierra, para tomar en la mano sus entrañas y ver qué revelaban: el otro para contemplar, meditar y alzar la voz en este campo de tribulaciones. ¡Qué escenas de dolor en los escombros! Allí está un hombre cargado de silencio, fijos los ojos en una techumbre aplastada contra el pavimento: ojerudo, lívido, la cabellera revuelta, el vestido en lastimosa displicencia, nada dice, y sigue mirando tras las vigas. ¿Quién está allí? Su esposa. ¿Quién más? Sus hijos. ¿Quién más? Sus padres. ¿Quién más? Sus hermanos. ¿Quién más? Sus criados. ¡Luego todos perecieron, luego ha quedado solo! ¿Y cómo es que no llora? Por la misma razón que todo lo ha perdido en un instante: las lágrimas surgen del corazón fresco y salen por la garganta húmeda: fracasos co-

mo aquel secan el corazón y la garganta. Los grandes infortunios son callados, las grandes angustias no tienen lágrimas: esa operación del alma retostándose en el caldeado pecho, del corazón exprimido de su jugo revolcándose en las entrañas, es cosa que no tiene manera de decir. A los sobrevivientes de Imbabura cubrámosles el rostro como a Niobe.

Los moradores de otros países no son indiferentes a este acaecido; como grande, ha resonado a gran distancia; como terrible, ha conmovido a todos, si bien no a todos con los propios afectos. Mira, ¿quiénes vienen allí? Hombres son, pero de repulsiva catadura: blanden una maza, traen un cuchillo al cinto, y echando en torno sus miradas torvas, se diseminan por la dilatada comarca. Son bandidos noveles, vienen a saquear las ruinas de Imbabura. En sus tierras, en sus casas eran hombres de bien: sus vecinos, sus amigos fueron víctimas de un desastre, y hélos ahí ladrones. Asaltar escombros, despojar difuntos en presencia de huérfanos y de viudas que se caen de dolor y necesidad, es empresa más que de bárbaros. Nadie hasta ahora ha beneficiado la tumba; esa es mina terrible que infunde pavor hasta a los más perversos: y ¿qué hay allí? ¿qué vena descubren esos tenebrosos operarios? Cadáveres que principian a botar las carnes, rostros desfigurados, cabezas cuyo pelo se cae en mechones: hombres, mujeres y niños en putrefacción: ¡qué tesoro! ¡qué riqueza! Las jóvenes madres, los muchachos desvalidos que sobreviven confían en sus semejantes; después de Dios, en ellos fincan su esperanza: ya vienen, ya llegan, pero es con el garrote del saltador al hombro.

Si el género humano diese tales ejemplos con frecuencia, el género humano sería obra de su enemigo antes que de Dios. Pero la Caridad, la santa Caridad, vestida de blanco, empapados los ojos, anda de pueblo en pueblo y de casa en casa: todos la reciben, todos la acarician, y colmada de presentes, corre en triste alegría a repartirlos entre los desheredados de las ciudades muertas: pan para el hambriento, vino para el sediento, vestido para el desnudo, todo hay en abundancia. Señor Dios del universo, haznos, haznos de veras hijos tuyos, como tales compasivos y caritativos.

Otra plaga: las exhalaciones de los cadáveres humanos, los cuerpos de los animales tirados por los campos descomponen el aire: la atmósfera se enferma, una horrible peste va a desenvolverse sin remedio. ¿Es pues de todo en todo necesario que perezca la noble raza que puebla esta provincia? Y la naturaleza no amaina aún; retiembla el suelo, mugen los volcanes, vibra el aire y se oyen en la altura pavorosos estallidos. Señor, Señor, ablanda tu mirada, vuelve a tus labios la sonrisa: si ésta era una prueba, ya nos has probado, y ves en nosotros criaturas humildes y creyentes.

¿Qué ha sucedido en el reino de los Incas, en el grandioso Cuzco? un ruido lejano y profundamente sordo, como si el mar se descargase en una cuenca de la luna, llega a nuestros oídos retumbando interminablemente en el espacio. Es el Perú que se destruye al impulso de un hondo terremoto: el Perú fue el primer tomado y sacudido, sus ciudades más heroicas no opusieron resistencia a la embestida de los elementos conjurados contra el hombre. El Misti lanza rojas trombas de humo, la tierra se revuelca en activo zarandeo, se van de bruces las ciudades, los edificios en mil pedazos llenan calles y plazas. Arequipa, ¿dónde estás? Moquegua, ¿dónde fuiste? Amontonados unos sobre otros yacen mudos y deformes los templos y palacios que ayer se gallardeaban alegres y suntuosos; y el mármol está cubierto de polvo, y la columna gime bajo el adobe, y un rimero de tejas cubre la primorosa estatua. ¿Quién llora sobre esas ruinas? Su genio sentado sobre el más alto escombros, y en abatido porte convida a gemir a los que por ahí se asoman. La especie humana entre tanto, esparcida por lo descubierto de la tierra, anda macilenta dando al aire sus clamores. Las fuentes se han secado, las sementeras se han helado: hambre y sed la persiguen por donde yerra a la ventura, echada de sus hogares por una mano invisible y todopoderosa. Y el mar se retira de sus límites como para darse vuelo, y torna con ímpetu, y se entra de lleno en las ciudades, y se traga las ruinas, monstruo estupendo y devorador. Satanás en forma de agua. Se ha liquidado el globo, y quiere derramarse en el vacío en corrientes prodigiosas; mas no atina por donde precipitarse, y corre, y vuelve, y rugen en una agitación su-

blime. ¡Oh! nave, ¿por qué danzas allí como una loca? Dispárate en seguida y vienes a tierra, y te quedas clavada en el cielo, mientras vuelve tu elemento a sus abismos.

La naturaleza tuvo un festín en el nuevo mundo, y se emborrachó hasta perder el juicio: baila, salta, grita, da consigo boca abajo y bufa en horrorosas convulsiones: los montes refunfunan, rugen las cavernas, los valles se destrozan, hínchense los ríos tufbrios y amenazantes, hierve el suelo con precipitación diabólica, y se traga lo de fuera, y echa fuera lo de adentro operando un embolismo del infierno. El mísero del hombre, teniendo por llegado el día de la cuenta, se tira de rodillas en medio de los peligros que le circundan, y alza los ojos y las manos al cielo balbuciendo no sé qué plegarias inconexas. ¡Señor, escúchale! hombre al fin, culpable fue; criatura mortal, no tuvo resistencia contra las pasiones y fué malo. ¿Mas, ha de perecer ahora sin remedio? Si es llegado el día, júzganos pues; empero no subleves de modo tan aterrante a la naturaleza contra la pobre criatura. El fuego para abrigarnos, el agua para beber, el aire para respirar, la tierra para que nos alimente con sus frutos y moremos en ella, ¿no fue éste el fin con que lo elementos fueron creados? Devóranos el fuego, entumécenos el agua, el aire nos ahoga, el suelo corcovea cual indomable potro y nos derriba exánimes. ¡Qué trastrueque tan ejecutivo y exterminador!

Conozco las ciudades en cuyas ruinas gravitan veinte siglos: he visto el genio del tiempo sentado en un musgoso pedrón del Capitolio, mientras la corneja se alzaba croajando de entre la paja crecida en los arcos del Coliseo. Pompeya me sintió por sus desiertas calles, y que me arimaba taciturno a sus columnas: ¿dónde estaban los habitantes de esas enmarmoladas piezas, las matronas de esas alcobas, los niños de esas cunas, los criados de esos patios? Nada vi, nada oí, sino eran espectros y suspiros de que mi imaginación poblaba esos sepulcros. En Itálica anduve por entre el laberinto de sus piedras, probando a ver si descubría donde se alzaron las moradas de los Señores del mundo, Adriano y Teodosio. Los escombros de Sagunto me brindaron a-